

# **PRUDENCIO DE CALAHORRA**

**Alfonso Ortega Carmona**



**AMIGOS DE LA HISTORIA DE  
CALAHORRA**

Dibujo Portada: Pablo Torres Cascante

Edita: Amigos de la Historia de Calahorra  
Apartado 97 CALAHORRA (La Rioja)

ISBN: 84-921459-2-7

Depósito Legal: LR - 121-1997

## PRESENTACION

---

*H*ace un año, los Amigos de la Historia de Calahorra, editábamos un pequeño libro sobre la vida y obra del calagurritano MARCO FABIO QUINTILIANO dentro de los actos conmemorativos del XIX centenario de su obra INSTITUTIO ORATORIA, dando así comienzo a una serie de monografías, serias y rigurosas, sobre personajes ilustres de nuestra ciudad que confiamos continúe en el tiempo.

Hoy, los Amigos de la Historia, con esta nueva edición, comenzamos a rendir homenaje a ese otro gran hijo de Calahorra: AURELIO PRUDENCIO CLEMENTE.

Damos así por iniciadas las actividades que van a girar en torno a la figura de este calagurritano con dos intenciones claras: darlo a conocer a nivel popular (este trabajo es prueba de ello), y lograr ese monumento cuyo compromiso de construcción adquirimos en nuestra última asamblea general del pasado mes de octubre, y que viene siendo deseo de los Amigos de la Historia desde los inicios de la asociación allá a finales de los setenta.

Pero la construcción de este monumento, no queremos que sea cuestión exclusiva de los Amigos de la Historia. Calahorra tiene una deuda con este universal hijo suyo que no solo ha llevado el nombre de nuestra ciudad por todo el orbe, sino que además, cantó a nuestros Santos Emeterio y Celedonio como nadie lo ha hecho jamás. Y esa deuda no es solo de Calahorra, Europa también la tiene contraída con ese PRUDENCIO considerado como su educador durante la Edad Media...

De acuerdo con la talla de quien trata el librito, y a través de D. Antonino González Blanco, encargamos el presente trabajo al Dr. D. Alfonso Ortega Carmona, catedrático de filología griega y latina en la Universidad Pontificia de Salamanca, profundo conocedor tanto de PRUDENCIO como de QUINTILIANO, y enamorado de la patria de ambos: CALAHORRA.

Nuestro agradecimiento al Profesor Ortega, así como a IBERCAJA, que financia la presente edición, y al Excmo. Sr. Alcalde de Calahorra D. Javier Pagola, que realizó las gestiones necesarias para que este trabajo sobre nuestro PRUDENCIO viera la luz un 30 de abril de 1997.

Y sirva el presente trabajo y el siguiente acto cultural en el cual es presentado, como homenaje póstumo a la persona de D. Luis Martínez Martínez, que fué presidente de los Amigos de la Historia y socio de honor en reconocimiento a su buen hacer en pro de la historia de nuestra Calahorra.

**Amigos de la Historia de Calahorra**

## EL POETA SE PRESENTA

---

**D**e dos glorias universales, de dos hombres con rango histórico y actualidad perenne, puede preciarse la ciudad de Calahorra. El primero de ellos, Quintiliano, ha sido durante siglos, gracias a su magisterio en el arte del buen decir, el retórico de mayor envergadura de la cultura latina y uno de los más grandes educadores de Europa. Cuanto Quintiliano significa todavía para la digna formación del lenguaje humano, esto es igualmente Prudencio para la poesía cristiana: cumbre de imaginación, de contenidos profundos, de poética fuerza, de alta y variadísima técnica literaria y de hermoso lenguaje. Ningún poeta latino cristiano ha logrado en época alguna superarlo.

Nació el año 348, como él mismo recuerda en el prólogo a toda su obra, publicada el 405: *“Mientras esta vida mía volando avanza,/ trepó de repente la canicie a mi cabeza de anciano,/ reprendiendo mi olvido del viejo cónsul Salia,/ bajo cuyo gobierno brilló mi día primero”* ( Prefacio, 22-25 ) Sus versos causaron asombro inusitado en el mundo literario de su tiempo. Jamás la lira cristiana había resonado antes con tanta plenitud, con tal honrada y semejante belleza.

Fue probablemente su cuna la de una familia hispano-romana, acomodada y cristiana, ya que en ningún lugar habla el poeta de su conversión al Cristianismo, que no habría silenciado por ser principal acontecimiento de su vida. En la fuente bautismal de Calahorra, en el baptisterio erigido en el mismo lugar, en que habían testimoniado su fe los mártires calagurritanos, Emeterio y Celedonio, podemos acertadamente suponer el bautizo del niño Prudencio.

Milagrosos relatos sobre mártires y virtudes cristianas, escuchados de labios de sus padres, dejaron huella sensible en la imaginación de aquel niño destinado a ser el máximo liróforo y el príncipe de los poetas latinos cristianos. Como aquel acontecimiento, en que el Emperador Juliano el

Apóstata fue impedido de continuar una celebración de culto pagano, por la presencia de un joven cristiano, que trazó en su frente la señal de la cruz ( *Apoteosis*, 450-502 ). La educación suya, propia de una familia calagurritana, distinguida por su posición social, preparó la futura ruta de quien había de seguir la profesión política y administrativa. En la Escuela de Calahorra, sin duda, estudió el joven Prudencio el arte del bien escribir y decir, que había hecho clásica la obra de su compatriota Quintiliano. Con su pluma resplandeciente en la creación poética, llegado a la madurez de la vida, mostrará el poeta su personal entrega al servicio de la fe cristiana, por medio de su canto literario, ya que sus escasos bienes de Fortuna no le permiten el perfecto seguimiento de Cristo socorriendo a los pobres. Así lo asevera en el *Epílogo* a toda su obra, escrito al parecer en Calahorra, primer y último hogar de su existencia:

*Un hombre piadoso, de fe lleno,  
inocente y casto, a Dios ofrece  
el don de su conciencia, en el que el alma  
dichosa abunda internamente;  
otro se priva del dinero propio  
para socorro de indigentes.  
Yo, de tan menguada santidad  
y no capaz de remediar a pobres,  
a Dios voy ofreciendo  
mis versos rodantes y marciales.*

( v. 1-10 )

## LA PATRIA DE PRUDENCIO

---

Parte considerable de antiguos poetas latinos señalaron tradicionalmente y con gozo íntimo su pertenencia a una ciudad concreta, vinculando el recuerdo futuro de sí mismos a la tierra natal. A su regreso del Asia Menor el primer lírico latino, Catulo, saludaba emocionado a la pequeña Sirmiona, su lugar de origen en la orilla sur del lago de Garda. Para el propio mármol sepulcral escribió Virgilio, máximo poeta de Roma, el célebre epitafio, que daba cuenta de su lugar de nacimiento: *Mantua me engendró*. Entre los bosques del monte Volturo, en Apulia, perdido y alejado de su nodriza en una escapada infantil, recuerda Horacio las aldeas de Acerenza, Banzi y Forenza, vecinas de su natal Venusia (*Carm.* III, 4). Como patria suya proclama con orgullo Ovidio la ciudad de *Sulmona* en los Abruzos (*Tristes*, X), e igual que Verona se goza en Catulo y Mantua en Virgilio, será llamado él la gloria del pueblo pelignio (*Amores* III, 15, 7-8).

Fueron quizá sentimientos de modestia, y alejamiento del tópico tono de propia alabanza, los que impidieron a Prudencio indicarnos claramente en qué lugar de España abrió sus ojos a la vida. Con toda certeza fue Prudencio español. En su primer radio-mensaje a España, tras su elección al Pontificado, recordó el Papa Pío XII el verso en que nuestro poeta creyó ver especial predilección de la Providencia por el solar hispano, como puso de relieve en su himno a los Mártires de Tarragona, Fructuoso, Augurio y Eulogio:

*Bondadoso contempla Dios a los hispanos,  
ya que la Trinidad potente  
este alcázar corona con tres mártires.*

( *Peristéfano*, 6, 4-6 )

El tópico literario, noble esquema de autopresentaciones biográficas, no tuvo en Prudencio continuación histórica. De ahí que el entusiasmo, sentido al celebrar ciudades españolas por sus mártires, le movió al uso de expresiones, en las que tres ciudades se disputan los honores de su cuna, como otras siete lo hicieron con Homero. Pocas razones convincentes puede aducir en su favor Tarragona. La emotiva apelación lírica, a propósito del himno a los santos tarraconenses, le indujo a vincularse a ella con una expresión inspirada por la misma efusión del sentimiento y la alabanza:

*¡Oh triple gloria, de tres figuras cumbre,  
en las que alza su cabeza "nuestra" urbe!*

( *Pe. 6*, 142-144 )

A nadie puede sorprender que el adjetivo "nuestra", siendo Tarragona capital de aquella provincia romana a la que estaba vinculada Calahorra, señalara la común dependencia de aquel departamento y administración imperiales. Precisamente en este mismo himno el poeta exhorta a la veneración intensa - *Cantad con el debido rito a "vuestro" Fructuoso* -, cuando la alternativa "nuestro", posible dentro del verso con un leve retoque, habría testimoniado otras vinculaciones más estrechas.

Mayores títulos legítimos parece tener Zaragoza, al reclamar la cuna de Prudencio. Principal argumentación, demostrativa de esta reivindicación materna, se ha querido ver dentro de una polémica, en la que han tomado parte plumas y autoridades insignes. El himno IV del poemario *Peristéfano*



constituye la central manzana de discordia. Se trata del grandioso cántico a los dieciocho mártires de Zaragoza. Mientras las demás ciudades, en la hora escatológica de la segunda venida de Cristo, como Juez Supremo, presentarán a su benigno veredicto final *dos o tres* protectores, testigos de la fe,

*Tú, por Cristo apasionada, Zaragoza,  
llevarás tus santos, dieciocho,  
la frente ceñida con la rama pálida  
del olivo, de la paz ornato.*

*Sola, al encuentro del Señor, has preparado  
las más copiosas comitivas de los mártires.  
Sola tú, de piedad tan rica,  
de extensa gloria luminosa gozas.*

*Apenas, del mundo púnico la madre  
populosa, la misma Roma apenas,  
en su trono asentada, son capaces  
de superarte a ti, la honra “nuestra”,  
en semejantes dádivas.*

( Pe. 4, 49-64 )

“*Nuestro es Vicente*”, dice Prudencio, “*nuestro*” es, y, “de niño ungi-  
do en *nuestra* palestra” ( v. 97-101 )... Este nuevo título de gloria, para goce  
propio, dio Cristo a “*nuestra* Zaragoza”, referido a Santa Engracia ( v. 141-  
142. )

## CALAHORRA

---

Es patente y clave filológica que el adjetivo *nuestro*, dentro de un himno en que el poeta identifica sentimientos personales con los de una comunidad creyente, no constituye prueba irrefutable para decidir el lugar de nacimiento. Precisamente en el *Peristéfano* (2, 578) el poeta se distingue de los romanos y, sin embargo, en su obra contra *Símaco* (I 26 y II 621) llama *nuestra* a Roma y *nuestro* al pueblo romano (I 192). En estas expresiones usuales puede descubrirse la solidaria existencia del poeta, cuando llama *nuestras* a ciudades de la Tarraconense y, como es tradición y estilo de la poesía lírica, más aún al hablar en nombre de aquellos cristianos, que habían de cantar los himnos a sus mártires. Estamos, pues, ante patrias adoptivas por el afecto o por relaciones personales. Calahorra puede representar a su favor argumentos importantes.

I.- Exactamente en el marco de exaltación a Zaragoza, al mencionar el poeta a Calahorra, dice con particular intención:

*Nuestra Calahorra llevará los dos, ( mártires )  
que veneramos*

( 4, 31-32)

He aquí la importancia de este pasaje: está demostrado que en ninguna otra ciudad proclama suya Prudencio - *nuestra* -, fuera de su himno propio, sino únicamente a Calahorra. Este argumento tiene derecho de considerarse en sí mismo decisivo. La posibilidad de haber escrito, sin romper la estructura rítmica y métrica del verso, y decir "*Nuestra Calahorra llevará dos santos, / que venera*", en lugar de *veneramos*, es un argumento imbatible.

II.- Difícil tarea el decidir cuál sea el himno más bello de Prudencio, o aquel en que con mayor ímpetu y ternura se desborda el entusiasmo del poeta. La elección del lenguaje, la expresión feliz, la representación poética, fulgurante de imágenes, son excelentes criterios para valorar un poema. Ciertamente el cántico a los mártires de Zaragoza está pletórico de afecto y admiración entusiástica. Inolvidable es el cuadro escatológico de las ciudades de Iberia, a las que Zaragoza sobrepuja presentando la preciosa canastilla repleta con las reliquias de sus mártires numerosos. Pero quien lea los himnos a San Lorenzo ( Pe. 2 ), a la mártir Eulalia ( Pe. 3 ), a Román ( Pe. 10 ), y a la virgen Inés ( Pe. 14 ), fácilmente comprobará que ninguno de ellos cede en lirismo, fuerza dramática y entusiasmo al epinicio de los mártires zaragozanos. En este himno no se superó Prudencio a sí mismo, delatando su vinculación natalicia. Nadie acepta que el himno 4 sea el más perfecto de toda la colección.

III.- Más aún: la estrofa sáfica, en la que está compuesta el himno a los santos héroes de Zaragoza, jamás fue escogida por los poetas latinos para verter en su ritmo las más intensas emociones. Para este fin elegían la estrofa inventada por Alceo de Lesbos y trasplantada por Horacio para sus Odas mejores. De preferencia gozaban asimismo los dulces versos gliconios, los jónicos ascendentes, los impulsivos yambos, los anapestos impetuosos y los trímetros dactílicos, ágiles y solemnes. Sin duda, el mejor himno del poemario martirial de Prudencio no es ese himno cuarto. A tal rango altísimo pueden aspirar con todo derecho los compuestos en honor de Santa Eulalia y San Lorenzo. Por esta vía nada hay en favor de Zaragoza.

IV.- Argumento poderosísimo para la defensa de la cuna calagurritana de Prudencio nos procura la misma ordenación de los poemas del *Peristéfano*. Se trata de una disposición exigente, aprendida en las Escuelas de Retórica. Este principio de ordenación resplandece en la cuidada estructura de las clásicas obras latinas. Y Prudencio dispone de acuerdo con estos criterios clásicos. Como antes hizo Virgilio en sus *Églogas*, divide Prudencio

todo el *Peristéfano* en dos partes, con siete poemas cada una: Himnos I-VII la primera, y VIII-XIV la segunda.

En la primera parte se celebra preferentemente a los mártires españoles; en la segunda, de un modo más general, a los testigos romanos de la fe. A ejemplo de Horacio en sus Odas, con una especial dedicación a su protector Mecenas en lugares importantes de todos sus libros, el lugar más importante del *Peristéfano*, es decir, el *primero*, está ocupado por el himno a los *Mártires de Calahorra*, y en este mismo himno declara Prudencio que *Calahorra* es su patria chica, "*nostro oppido*". Lo proclama con especial énfasis, aunque no sea dicho poema el mejor de la colección, sí se coteja con otros cuatro mejores.

Sólo la seguridad de su pertenencia a Calahorra, por nacimiento, justifica que este himno primero sirva de pórtico a la gloriosa galería de los santos celebrados. Segundo puesto importante en la disposición de los catorce himnos es el lugar *octavo*. ¿Quién podría negar que esta *segunda parte* ( VIII ), abierta también con la celebración del lugar, en que sufrieron martirio los Santos cantados en el Himno Primero, los dos calagurritanos por su nacimiento al cielo, confirma, sin ulterior discusión, el nacimiento del poeta en Calahorra? De toda la producción poética de Prudencio es éste el único lugar en que recurre el mismo tema. Se trata de aquel lugar, en que más tarde se erigió el *Baptisterio* de Calahorra, y en que tuvo de recibir Prudencio las aguas bautismales.

La mejor disposición y ordenación de los manuscritos medievales, en los que nos ha llegado el *Peristéfano*, desde el siglo VII al XIV, dan así testimonio de su cuna. Curiosamente sólo su *ciudad madre*, Calahorra - no Tarragona ni Zaragoza -, recordó el 5 de diciembre de 1948 el XVI Centenario del nacimiento de su hijo, el príncipe de los poetas cristianos.

## DATOS BIOGRÁFICOS

---

**P**ara una detallada biografía de Prudencio no disponemos de otra fuente que las sobrias noticias que él mismo nos ofrece. En el Prólogo a sus obras completas nos indica su nacimiento, el año 348 de nuestra era, bajo el gobierno en Roma del cónsul Salia, que tuvo como cónsul colega al senador Filipo ( v. 34... ). Segundo dato, absolutamente cierto, es la fecha en que se editaron sus obras, cuando el poeta contaba ya cincuenta y siete años de edad, con toda exactitud el año 405 (*Prefacio*, 1-3, 34-45). Probablemente hizo un viaje especial a Roma el 401, permaneciendo en ella hasta el 405. La publicación de sus obras pudo ser obligado motivo. No hay constancia de otros viajes a la ciudad imperial, si bien puedan admitirse otras visitas anteriores, y no debemos olvidar que algún tiempo estuvo como miembro de la corte del emperador Teodosio, como se deduce de estos versos:

*Al fin, del César la bondad alzóme a un puesto  
de su corte, mandándome ocupar, a él más cerca,  
un rango vecino a su persona.*

( *Pref. 19-21* )

Mucho antes de esta última circunstancia ejerció dos veces el gobierno de importantes ciudades, dando muestras de honrada administración y de represión de delincuentes, función jurídica inherente a un prefecto romano ( *Pref. 16-18* ). Para este cargo había recibido la educación propia de bien situadas familias. Prudencio recuerda cómo pasó su niñez por la rigurosa disciplina de un severo maestro escolar, que le hizo arrancar lágrimas al dictado de “palmetas zumbadoras”, drástico método que también recordaba el poeta Horacio en su maestro *Orbilio el azotador* ( *Epístolas II, 1, 70* ), y Marcial, el poeta satírico de Bilibis o Calatayud ( *10, 62, 10* ). Quintiliano,

compatriota de Prudencio, protestó de tales castigos corporales como inútiles y degradantes ( *Inst. Orat.* 1, 3, 14 ss ). A los diecisiete años vistió la *toga viril*, acto público celebrado en la curia del pueblo con otros adolescentes coetáneos, distintivo de la nueva etapa de su vida. Ahora se le abrían, entre otras enseñanzas, los estudios de Retórica, en la que se formaban los futuros abogados y aspirantes al servicio de la administración del Estado, al cual como funcionarios cultos han de enviar sus informes, perfectos en datos reales y hermoso estilo. Con toda seguridad su texto de orientación y fundamental enseñanza se basó en la obra del otro insigne hijo de Calahorra, Quintiliano, por cuyo prestigio se crearon Escuelas de Retórica en las principales ciudades del Imperio Romano.

Malos recuerdos se asocian en su prólogo sobre amargas experiencias de su profesión de abogado ( Pref. 9 ). Trocó pronto el oficio por las tareas administrativas, que desarrolló exclusivamente en la provincia romana tarraconense. El pudor y la vergüenza pronuncian un rígido juicio sobre aquellos años pasados. Una cierta exageración en su análisis es excelente documento para el nuevo viraje en su vida. Ahora, en la vejez, acaso prematura, nada le sirven los honores anteriores, y siente el vacío de su existencia ante Dios

( Pref. 31-36 ). Tras una brillante y honorífica carrera, ninguna otra cosa sabe decir ni expresar si no es la confesión de inutilidad de todo lo realizado en el tiempo. Inundado de melancolía, tan unida siempre a los hombres geniales, al parecer de Aristóteles, Prudencio se pregunta por el sentido de la vida y descubre una nueva escala de valores para los años venideros. De su reflexión y examen de la caducidad del mundo cobra poderosísimo ánimo, y su alma quiere celebrar a Dios ( Pref. 36 ), ya que no puede honrarle con obras de caridad meritorias (Epílogo, 9-10). No parece haberse enriquecido en sus cargos administrativos y políticos. Casi un milagro.

Así descubre la nueva ruta de su espíritu: “*Sin interrupción alabaré al Señor, pelearé contra las herejías, esclareceré la fe católica, destruiré falsas creencias, a los mártires dedicaré mis poemas y ensaltaré a los Apóstoles*”, declara el poeta indicando los contenidos de toda su obra ( Pref. 37-42 ). En este nuevo oficio tiene depositada su esperanza de la recompensa en el cielo:

*Y al par que escribo y canto mis poemas,  
¡oh, sí ojalá volar pudiera, libre  
de aquestos lazos de mi cuerpo, a la región aquella  
a donde mi ágil lengua se elevara  
con sus acentos últimos!*

En esta actividad cerró sus ojos a la vida, probablemente en su misma ciudad natal, poco antes del año 410, en que Roma fue conquistada por los godos al mando de Alarico. A su alma se le ahorró el sufrimiento por la caída de aquella ciudad, tan cara a su corazón y tan ardorosamente cantada por él dentro del himno al mártir San Lorenzo:

*¡Oh, Cristo, nombre único!  
¡Oh creador del mundo y de los cielos!  
¡Oh esplendor del Padre,  
y fundador también de estas murallas!*

*¡Que el cetro de Roma colocaste  
en la cima del mundo, decretando  
que el universo sirva a la toga de Quirino,  
y se rinda a la fuerza de sus armas,*

*para que Tú pudieses someter a unas  
mismas leyes las costumbres, disciplina,  
ingenios, lenguas y sagrados cultos  
de las naciones tan diversas!*

( Pe. 2, 414-424 ).

## CULTO DIVINO Y POESÍA

---

A diferencia de otros pensadores y poetas cristianos anteriores, aspiró Prudencio a la unión cultural del cristianismo con todos los bienes intelectuales del mundo no cristiano. Ideal y proyecto suyo fue iluminar todas las formas culturales, dignas del ser humano, con la luz de su fe y del Evangelio. En este proyecto es su poesía *culto divino*. Dentro de una persuasión antigua el poeta Horacio se había proclamado *sacerdote de las Musas*, exigiendo para su actividad literaria un puesto y justificación social entre las profesiones humanas ( *Odas*, 3, 1, 3; *Odas*, 1, 1, 29-36 ). Para Prudencio su poesía es *acto latréutico*, de adoración a Dios y veneración a sus Santos. En el último tramo de la vida - la ancianidad con digno ocio - el poeta no ve mejor sentido a su existencia que presentar a Dios el Ofertorio de los bienes de su espíritu, los frutos de las palabras, que del alma le brotan ( *Epílogo*, 1-10 ). El carácter sacrificial y de ofrenda latréutica de su poesía se realza con precisión en *expresiones sacrales: dona y munus, dádivas y servicio divino*( *Epílogo*, 3 y 29 ). Porque Dios acepta también de este humilde sacerdocio poético las pobres canciones, y ya que en los palacios y templos magníficos, junto a los deslumbrantes cálices de plata, exornados de preciosa pedrería, tienen asimismo sentido y lugar propio las sencillas vasijas de barro. Aunque su oficio de *oral sacrificador* en el ofertorio de sus versos sea el de menor importancia, - *obsequella*, "obsequito" ínfimo, ni siquiera llega a ser *obsequio*, como él mismo confiesa ( *Epílogo*, 32 ) -, de este singular servicio divino aguarda alguna recompensa en los cielos, al par que llena de felicidad su existencia terrena: "Cualquiera sea su valor,/ sentiré placer de haber cantado con mi voz a Cristo" ( *Epíl.* 33-34 ).

Con toda decisión, en los cuarenta y cinco versos de su Prefacio y en los treinta y cuatro del *Epílogo*, ha formulado el poeta calagurritano su concepto cristiano de la poesía. Rasgo esencial y nuevo de este sumo arte de la palabra humana es tomar parte durante la existencia terrena en el destino



definitivo y sobrenatural del hombre. Con ello la genial visión prudenciana de la poesía abre venturosa ruta a la reconciliación del Cristianismo con la cultura pagana, y se constituye en modelo de la participación cristiana en el futuro intelectual y en la construcción de la civilización de Occidente. Su espíritu conciliador reclama incluso respeto y conservación de la escultura pagana de dioses y hombres ilustres, mientras otros pensadores cristianos de su tiempo exigían extirpaciones radicales: “Permitido sea que las estatuas, obras de grandes artífices, se alcen sin daño. Que ellas lleguen a ser bellísimos ornatos de nuestra patria y que una mala usanza, sin ya color alguno, no mancille los monumentos del arte tornando otra vez al pecado” ( *Contra Símaco* I, v. 502.505 ).

Dentro de este propósito de reconciliación de culturas la poesía es para este egregio calagurritano no sólo *acto de culto* a la divinidad y a los mártires, sino al mismo tiempo instrumento para su propia santificación personal, ya que su escasa fortuna no le permite otras obras en favor de los pobres. Es también camino para la enseñanza, como demuestra, en seguimiento de Hesíodo y Virgilio, con la *Apoteosis*, *Hamartigenia*, *Psicomaquia*, dos libros *Contra Símaco* y sobre todo, alabanza continua de Dios. Nunca, en la historia de la poesía, se había asignado a esta arte, que Platón consideró divina, meta y finalidad tan sublime. Así lo expresó en el animado ritmo dactílico, tan acorde con su alegría y temperamento español acunados en la hermosa Calahorra:

*¡Desdeña, Musa, las ligeras hiedras,  
con que tus sienes antes coronabas,  
y sabía en tejer guirnaldas místicas  
trénzalas ya en dactílica diadema,  
ciñendo en loa de Dios tu cabellera!*

(*Catemérino*, 3, 26-30)

Con este objetivo quiso Prudencio servir a su fe y prestar ayuda a los cristianos y serles útil ( *utile*, Epílogo, 21 ), escogiendo de las dos opciones que a la Poesía señaló Horacio - *ser útil* o *deleitar* ( *Arte Poética*, 333 ) -, la tarea de servicio.

## OBRAS DE PRUDENCIO

---

I.- Tras las huellas de una tradición clásica, que exige la presentación de argumentos y el proyecto general de toda una obra, como mostró Virgilio, en el pórtico de su *Poema Geórgico*, Prudencio nos indica en su Prefacio su tarea poética. Y, al estilo de Horacio, la creación literaria de Prudencio se manifiesta en el género *lírico* y en el *didáctico*, designando todas sus obras con nombres griegos, el lenguaje culto. Bajo esta doble perspectiva el tono y acento de la primera de sus obras, el *Cathemérinon*, se orienta en la poesía popular y en la poesía culta. Tiene ante sus ojos, sobre todo, a las sencillas familias cristianas.

Intención de este Diurno - doce Himnos para cada hora del día, a lo que alude el nombre griego - es contribuir a la santificación de la vida cristiana. Se trata de una poesía religiosa con valor litúrgico, de *servicio al pueblo*, como expresa ese vocablo de la lengua griega, aunque por la extensión material de cada poema no permita su entera presencia en la liturgia. Pero la liturgia católica escogió del Catemérino algunas estrofas, en las que todavía se oye la voz del poeta Prudencio dentro de los himnos del Oficio de las Horas. Como en este himno de los laudes del martes:

*El ave, del día mensajera, anuncia  
la luz cercana con su canto;  
Cristo, despertador de almas,  
nos llama ya a la vida.*

( *Cath. I, 1-4* ).

De igual modo escuchamos en el Himno de los laudes del miércoles:

*Noche, tinieblas, nubes,  
turbulencia y confusión del mundo,  
la luz penetra, el cielo es todo alba,  
huid, que Cristo llega.*

*El velo oscuro de la tierra, herido  
por el dardo del sol, ahora se desgarrar,  
y con el rostro del astro reluciente  
retorna ya el color a toda cosa.*

*Así también nuestra ceguera  
y corazón, de fraude cómplice,  
rotas las nubes, al cabo descubierto,  
ante el reino de Dios recobraré colores.*

*A nadie entonces será dado  
ocultar cuanto de oscuro piensa;  
mas los secretos del alma desvelados  
se aclararán con la mañana nueva.*

*(Cath. II, 1-16)*

En el Himno de maitines de la Fiesta de los Santos Inocentes canta así el poeta emocionado:

*Oye el tirano acongojado  
haber nacido el Rey de reyes,  
que el pueblo de Israel gobierne  
y el palacio de David tenga ocupado.*

*¡Salve, felices flores de los mártires,  
a quienes el que Cristo perseguía  
en el umbral cortó de vuestra vida,  
cual vendaval las rosas que renacen!*

*¿De qué valió maldad tamaña?  
¿De qué sirvió a Herodes este crimen?  
Sólo, entre tantas muertes,  
se salva Cristo sin peligro alguno.*

*Vosotros sois primera víctima por Cristo,  
rebaño tierno de inmolados.  
¡Ante las aras mismas, inocentes  
jugáis con las coronas y las palmas!*

*(Cath.XII, 93-96; 125-132)*

Con versos de este mismo poema se abre el Himno de laudes de la fiesta de Reyes, donde se contiene el primer Villancico de la literatura europea y el más antiguo acerca de la Epifanía:

*La estrella ésta, que en luz y en hermosura  
al disco del sol vence,  
anuncia que de mortal carne vestido  
llegó Dios a la tierra.*

*¡Oh tú, Belén, la única más grande  
de todas las ciudades, a quien cupo  
en suerte dar a luz al Salvador del mundo,  
por voluntad del cielo unido a nuestra carne!*

*Al ver los Magos aquel rostro,  
los dones sacan traídos del Oriente,  
y de hinojos ofrecen suplicantes  
la mirra, el incienso y oro regio.*

*Al Rey y al Dios proclaman  
el oro y aquel olor fragante  
del incienso sabeo, y de la mirra  
el polvo predice ya su sepultura.*

*(Cath. XII, 5-8; 77-80; 61-64)*

Y en la primera estrofa de este himno, compuesta para los Magos, llega la invitación prudenciana a la fiesta de la Transfiguración del Señor, en el Himno de las vísperas y maitines:

*¡Cuantos buscáis a Cristo,  
al cielo alzád los ojos!  
Allí podréis mirar  
un signo de su gloria sin ocaso.*

*Algo brillante contemplamos,  
que no conoce acabamiento,  
sublime, excelso, interminable,  
con tiempo más que el caos y que el cielo.*

*A Él, siendo de Dios testigos los Profetas,  
al par que sus notarios,  
el Padre y Testador le manda  
entrar al Reino y recibir la herencia*

*(Cath. XII, 1-4; 37-44; 85-88)*

Toda esta espléndida presencia de Prudencio en la liturgia católica que, antes de reformas más o menos aceptables, tenía incorporados hasta 14 himnos suyos, se extendió más aún a la liturgia hispano-mozárabe, cuyo detenido estudio es actualmente objeto de una investigación importante.

II.- Las grandes cuestiones del Catemérino - origen del mundo, del hombre, inmortalidad del alma, nacimiento del mal, naturaleza de Dios y de Cristo -, preparan y conducen a su siguiente obra: *Apotheosis*. Se trata de la divinización de la naturaleza humana en la persona de Cristo. Es asimismo una exhortación a divinizarnos como el Señor, nuestro hermano, se dice al final de la Apoteosis ( 1046 ss, 1062 ss ): “*Cristo es nuestra carne. Para mi bien muere y para mi bien resucita/. Por mi muerte me destruyo, por la virtud de Cristo resucito/. Cuando muere Cristo y es llevado con llanto a la tumba/, a mí me contemplo. Cuando reaparece, ya regresado del sepulcro/, veo a Dios*”. “*Yo sé que mi cuerpo resucita en Cristo/. ¿Por qué me fuerzas a la desesperanza? Vendré por los caminos por los que Él regresó, fuerza nuestra, desde la muerte por sus pies hollada ( esto es lo que creemos )/ y vendré todo entero*”. Y así convierte el final de esta obra en un himno magnífico a la Resurrección de Cristo.

III.- Grandes peligros amenazan a esta transformación en Cristo. El deterioro de la voluntad humana, propensa al mal, tema central de la segunda obra didáctica, la *Hamartigenia*, el origen del pecado, con la cual combate principalmente el dualismo de Marción ( siglo II ), defensor de un Dios bueno y de un Dios malo, el del Nuevo Testamento y del Antiguo, resplandece con todas las galas de la mejor dialéctica y con formidables argumentos filosóficos y bíblicos. No hay que atribuir al poder del mal por antonomasia, al Demonio, la culpa de todos los males del mundo. Nosotros le damos armas a ese león. Inerte yace la fiera, rechinando los dientes en vano si no es porque cobra fuerzas por causa del hombre ( 553-620 ). El final de este poema hace oír ya vecinos los clarines de guerra de la gran batalla y conflictos en el alma humana. Es el anuncio de la obra siguiente.

IV.- *La Psicomaquia*: la batalla acerca del alma. Estamos ante el poema alegórico más importante de la literatura europea. Fuerzas antagónicas - la idolatría y la fe, la honestidad y la pasión, la paciencia y la ira, la humildad y la soberbia, entre otras -, se disputan el corazón del hombre. “*Hierven las guerras horrendas, hierven/ en la prisión de nuestros huesos. Brama también de furor, con armas encarnizadas, la compleja naturaleza del hombre*”( 902-904 ), se dice con unas imágenes bélicas que han hecho sospechar de algún cargo militar en la vida de Prudencio.

De este gran poema depende la personificación de vicios y virtudes en la pintura, en la escultura de los monasterios medievales e iglesias metropolitanas, ascendiendo sus visiones hasta los capiteles románicos, como hemos comprobado en Iglesias y Catedrales de Borgoña. De esta misma obra nació la Pelea de Don Carnaval y Doña Cuaresma, del arcipreste de Hita, y el teatro alegórico de Calderón, que dan principal testimonio de la universal influencia del poeta de Calahorra.

V.- *Los dos Libros contra Símaco*. La fe cristiana tiene para Prudencio un astuto enemigo al acecho: el regreso de los dioses paganos. Contra ellos alza su voz ahora la musa prudenciana. Muerto en el año 397 San Ambrosio, el gran obispo de Milán, que había combatido la restauración de tales dioses contra el Senador Quinto Aurelio Símaco, se ofreció a este gran orador romano la oportunidad de influir de nuevo en el emperador Honorio, sucesor de su padre Teodosio ( para la parte occidental del Imperio ), español romano nacido en Cauca, que antes había proclamado el Cristianismo como religión del Estado y convocado el II Concilio Ecuménico de Constantinopla ( 381 ).

Símbolo de la restauración del culto a los dioses romanos era la entronización de la estatua de la diosa Victoria en el Senado. Para Símaco habían sido los dioses los autores de la grandeza de Roma. “No han sido los dioses - argumenta Prudencio en los dos libros *Contra Símaco* -, sino la Providencia divina, del único Dios verdadero, quien forjó la majestad y el poder de Roma, para que fuese cabeza de la fe católica. Y las estatuas de los



dioses, en las que se expresaba el culto pagano, han de conservarse como obras primorosas de ingenio humano”. Con esta amplitud de miras y tolerancia cultural se revela el humanismo de Prudencio en favor de los bienes del arte contra la piqueta fanática.

Cuanto en el libro primero es argumentación general se transforma con el libro segundo en una refutación de cada uno de los dioses y diosas sin moral, hechos a imagen del hombre, desenmascarados entre ironía y el sarcasmo, como nadie había conseguido anteriormente con tal brillantez y agudeza. Las Legiones, no los dioses romanos, abrieron rutas de dominación y cultura, para que se uniesen todos los pueblos y razas, y Cristo apareciese en la tierra. Sólo San Agustín en su *Ciudad de Dios* ha hecho una comparable interpretación del sentido de la Historia. Con profético acento habla así a Roma el emperador Teodosio, por gracia e inspiración del poeta:

*Todo lo que es del mundo, a ti queda sujeto.  
Así lo dispuso Dios mismo, e imperas y dominas el orbe,  
por divino querer, a tus plantas tienes las cosas mortales  
poderosa. No es digno, que siendo un reino, los ojos  
humilles, y el suelo caduco contemples, y busques  
en las bajas regiones del mundo los dioses, en regiones  
por ti gobernadas.*

( *Contra Símaco I, 427-432* )

Y con un fervor poético, que haría pensar en un poeta nacido en Roma, canta Prudencio de Calahorra a la ciudad Eterna y Santa, que Dios escogió para guía del orbe cristiano:

*No tolero más trizas en la fama del nombre romano  
ni en las guerras que tantos sudores costaron,  
ni en los honores logrados a costa de sangre copiosa.  
Roba a invencibles legiones, y a Roma arrebatas  
sus glorias, quien a Venus concede lo que a cabo  
se llevó con bravura. La palma a los héroes usurpa.*

( *Contra Símaco II, 551-555* )

V.- Por esta Roma cristiana, desde una fe histórica inquebrantable, salieron victoriosos los héroes cristianos, triunfantes en su aparente derrota, los Mártires, y alcanzaron así la corona de la inmortalidad. Con este pensamiento se anuncia, al final del libro II contra Símaco ( 1125 ss ), el desfile glorioso de los grandes testigos de Cristo, el *Peristéfano*, subrayándose la unidad creciente de toda la obra de Prudencio.

Catorce himnos, comparables en su estilo y ardor a los Epinicios o Cantos Victoriales de Píndaro a los atletas de su tiempo, componen esta luminosa guirnalda de poemas. Fuente principal y materia abundante ofrecieron a Prudencio las *Actas de los Mártires*, junto a la imaginativa tradición oral y la presencia de su recuerdo vivo en la liturgia. Las pinturas romanas y los epigramas y epifatios, que en verso compuso el papa español San Dámaso para catacumbas y santuarios ( 366-384 ), suministraron también sugerencias para la segunda parte del poemario ( VIII-XIV ).

En la composición de los dos himnos, fruto especial de su corazón calagurritano, el I y el VIII, que ocupan lugares claves de la colección al principio de la primera y de la segunda parte, por ser ambos elogio de los mártires Emeterio y Celedonio, siente el poeta la ausencia de las Actas Martiriales, destruidas el año 303 por mandato del emperador Diocleciano (*Pe. I, 73-81*). Para la redacción del Himno a San Lorenzo (*Pe. II*), el documento más antiguo de su martirio, utilizaría Prudencio unas Actas perdidas. Al himno a Santa Eulalia ( III ), a cuyos versos populares debe ella la principal propagación devocional en África y Europa, sirvieron las noticias de su martirio, aunque los escuetos datos ofrecidos adquieran excelso desarrollo dramático en la mente de Prudencio. Puesto que la carrera administrativa del poeta se ejerció principalmente en la provincia romana tarraconense, se percibe su familiaridad con la ciudad de Zaragoza, en la que recogió materiales y documentos para el himno IV, dedicado a sus dieciocho mártires. Unas Actas de fines del siglo IV, hoy desaparecidas, que el mismo San Agustín conocía ( *Sermo 274.277, Migne PL 38, col. 1252 ss* ), mantienen su vigor gracias al Himno a San Vicente (*Pe. V*). Como documento más antiguo de la literatura cristiana latina de España se acepta, sin discusión, la *Pasión de*

*San Fructuoso*, que es fuente fundamental para el himno VI a este mártir unido a sus compañeros Augurio y Eulogio ( Himno VI ), lo mismo que le prestó valiosa ayuda, al componer el Himno a San Quirino ( VII ), obispo de la actual Sissek croata, una *Pasión* de este mártir, de quien se ocupó también en su *Crónica* San Jerónimo.

Durante su viaje a Roma contempló Prudencio en el artesonado de la Iglesia de Imola, antiguo Foro de Cornelio, el martirio de San Casiano, representado con vivos colores. Con sus propias lágrimas bañó el poeta piadoso la lápida sepulcral de aquel noble maestro, martirizado con los punzones escribientes de sus alumnos, y de esas mismas lágrimas nació más tarde, en su casa de Calahorra, el Himno IX. Con 1.114 versos es el Himno a San Román ( X ), martirizado en Antioquía, el más extenso de estos cantos victorales. Su grandeza épica, su escenografía con trágica fuerza, el dramático diálogo, para cuya viveza elige Prudencio el ritmo más dinámico y animado de la fábula romana, el senario en estrofas de cinco versos, hacen de este poema una cumbre de encendido lirismo, con el tierno episodio de un niño recién destetado que, desde su inocencia, proclama, ante el prefecto Asclepiades , único Dios a Cristo, y es también implacablemente martirizado ( 660 ss ). Acaso no trasmitió el poeta el nombre del niño por alguna dificultad de adaptación a este ritmo yámbico. Estas fueron sus últimas palabras:

*“Mi madre a mí, y a mi madre Dios - enseñó esta verdad.  
Ella, desde que madre fue, por el Espíritu enseñada,  
se nutrió de lo que a mí me alimentó en la misma cuna;  
cuando del doble manantial bebí yo leche de sus pechos,  
bebí también mi propia fe creyente en Cristo”*

( 681-685 ).

Con humildad profunda y conmovedora ingenuidad cierra Prudencio el poema, pensando ya quizá en su cercana muerte:

*Quisiera yo que, en ese momento, Dios a lo lejos  
de mí se aperciba, colocado como estaré a la izquierda suya  
entre la grey de los cabritos; y que el Rey bondadosísimo  
diga, mientras Román en mi favor le ruega:  
“Román lo pide, traslada para mí este cabrito.  
Sea un cordero a mi derecha y vístase de lana”*

( 1136-1140 )

También el Himno a San Hipólito ( XI ) nació durante el viaje y estancia del poeta en Roma ( año 401-403 ). En Agro Verano descubrió Prudencio el sepulcro de San Hipólito, descrito con tal veracidad que, con este poema en las manos, redescubrió el arqueólogo italiano G.B. de Rossi (1881-1882 ) los residuos de esta tumba, construida con blanco mármol de la isla griega de Paros, ornada con pinturas y con una poética inscripción del Papa San Dámaso, más tarde devastada por los godos y restaurada por el Papa Vigilio ( 537-555 ). Aquí de modo singular resplandece el dominio perfecto de una óptima Retórica, seguramente aprendida en el maestro de su tierra, Quintiliano, y de ella hace asimismo gala en el Himno a San Cipriano, otro gran orador cristiano ( Himno XIII ). Se sustenta el Himno XI en las escenas del martirio dibujadas en las paredes del templo romano. Como *Hipólito* significa “conductor o domador de caballos”, el prefecto mandó atarlo a las colas de dos caballos, que lo arrastraron con furia y acabaron con su vida. El tono, más narrativo que hímnico, tiene por finalidad informar sobre este mártir al obispo entonces de Calahorra, Valeriano, y le suplica que introduzca su fiesta en el calendario diocesano.

A los Príncipes de los Apóstoles, Pedro y Pablo, eleva el Himno XII, - lugar intencionadamente elegido -, la piadosa loa prudenciana. Aunque es el himno más breve de toda la colección, en él se testimonia la entusiasta

reverencia y devoción del pueblo de Roma en la festividad ennoblecida con la sangre de los dos egregios Apóstoles.

Veneración especial gozaba en tierras ibéricas, tanto como en su suelo natal de África, el obispo San Cipriano, martirizado en su sede de Cartago. Por su elocuencia, y por la simpatía que le profesaban los hispanos, mereció el Himno XIII del *Peristéfano*. Profesor de elocuencia, antes de su conversión, como más tarde San Agustín, encontró en el poeta de Calahorra un retrato magnífico de su acento oratorio en los versos centrales del poema. De solo San Cipriano cantó Prudencio:

*Mientras un libro en el mundo exista, mientras  
existan archivos de palabras, te leerá  
todo el que ame a Cristo, Cipriano,  
y aprenderá tus obras*

( v. 7-8 ).

Pletórico de emoción e intensidad poética se cierra el Libro de las Coronas, el *Peristéfano*, con un himno magnífico a la virgen mártir Santa Inés ( XIV ). La feliz coincidencia del significado de su nombre latino, *Agnes* entroncado con *agnus* (*cordero*) hizo que en su festividad se bendigan cada año los corderos, de los que se esquila la lana para el Palio que el Papa envía a los Arzobispos en señal de su unión apostólica.

La tierna y amable figura de esta doncella, martirizada el año 300, durante la persecución de Diocleciano, la última y más sangrienta de todas, había inspirado bellísimos versos al Obispo San Ambrosio, mientras el Papa Dámaso la exaltó en diez hermosos versos hexámetros grabados en la Iglesia de la Santa en Roma. A todos superó Prudencio con el arte y encendido entusiasmo de este poema, - compuesto en el endecasílabo original de Alceo de Lesbos -, cuyos últimos versos hemos leído en el ábside de la basílica de la joven mártir en Roma:

*¡Oh virgen dichosa, oh gloria nueva,  
del alcázar del cielo insigne moradora!  
Vuelve tu rostro a nuestra escoria  
con doble diadema a él ceñido.  
¡Tú, la única a quien el Padre Sumo  
hizo castos los mismos lupanares!  
Con el fulgor de tu benigna cara  
limpio estaré si el corazón me ocupas.  
Impuro nada queda, con tal que tú, piadosa,  
te dignes visitarlo o con tu santo pie lo tocas*

( XIV, 124-133).

Jamás, antes ni después del poeta de Calahorra, alcanzó mayores cumbres literarias la alabanza a los mártires cristianos. Sin duda esta obra incomparable de Prudencio contribuyó eficazmente a la veneración de estos grandes testigos de la fe, al par que suministró imaginación y fuerza creativa a los escultores y pintores medievales y del Renacimiento. Toda la viveza de sentimientos, de tonos y colores, fulgura y se aviva en este fecundo poemario con sus tres mil setecientos sesenta versos, con los que Prudencio se convirtió en el poeta latino cristiano más excelso de todos los tiempos. Baste con un reducido muestrario de las joyas de esta poesía, para percibir su grandeza. Resplandece unas veces el amor al lugar en que él mismo fue bautizado, el solar sellado con la sangre de Emeterio y Celedonio en Calahorra, aunque una traducción ( *tapiz vuelto de revés*, como escribió Cervantes ) palidezca ante la hermosura del original texto latino:

*Una tierra ibera, dichosa en todo el orbe  
con esta corona, digno de guardar los huesos hizo  
el mismo Dios este lugar, y albergue honroso de sus cuerpos.  
Este lugar, teñido con martirio doble, bebió las cálidas  
corrientes de sus venas; estas arenas, rociadas*

*con su santa sangre, visitan ahora los hijos de esta tierra,  
y en oración presentan sus súplicas, sus votos y sus dádivas.*

*El mismo salvador nos concedió este bien,  
en gozo nuestro destinó sus cuerpos santos  
a nuestra ciudad, y ahora son escudo  
de cuantos habitantes aquí el Ebro baña.*

*¡Sea éste a nos festivo día, sea  
sagrado regocijo!*

*(I, 4-9; 115-117; 120 )*

Otras veces es la balada popular, llena de patético dramatismo, la que inspira ironía y sarcasmo, puestos en labios del mártir Lorenzo, abrasado en la parrilla. Su retrato martirial dejó, gracias a Prudencio, profundas huellas en la iconografía y pintura sobre el santo romano nacido en Huesca, y guió el proyecto de Herrera en la configuración arquitectónica de El Escorial:

*Después que el fuego prolongado  
asó un costado, hasta tostarlo,  
Lorenzo, desde el sitio de tormento,  
de grado dice el juez en su coloquio breve:*

*“Da ya la vuelta a esta parte  
del cuerpo, asaz quemado a lento fuego;  
comprueba, en ese ensayo, el resultado  
que tu dios, Vulcano ardiente, ha hecho”.*

*Manda el prefecto darle vuelta.  
Lorenzo entonces: “Asado está ya, come,  
y haz tú mismo prueba  
si, crudo o asado, más te gusta”.*

*( II, 397-408 ).*

Desde ese potro de tormento incandescente Lorenzo mira de antemano la presencia liberadora de otro español, Teodosio, emperador cristiano:

*¡Oh Cristo, nombre único!  
¡Oh Creador del mundo y de los cielos!  
¡Oh esplendor, oh fuerza del Padre  
y fundador también de estas murallas!*

*Veo llegar a un Príncipe algún día  
que, ya siervo de Dios, a Roma  
no permita seguir esclavizada  
en la negra inmundicia de este culto;*

*que cierre de los templos los pestillos,  
que tapie los batientes marfileños,  
que el paso impida a los ilícitos umbrales,  
sellando los cerrojos bronceados.*

( II, 413-416; 473-480).

A la santa mártir de Mérida, Eulalia, cantada por Prudencio, debe Francia - con la *Cantinela de Santa Eulalia* - su más antiguo documento poético compuesto en lengua francesa. El himno prudenciano es otro testimonio de la más perfecta elocuencia, aprendida en Calahorra. Con estas impresionantes palabras, dignas de un Lorenzo, de un mártir varón, se dirige también a sus verdugos la tierna doncella emeritense:

*¡Ánimo, pues, verdugo! Quema, corta,  
rasga estos miembros de arcilla producidos.  
Cosa fácil quebrar lo que de suyo es frágil,  
pero el dolor no alcanzará a mi alma.*

( III, 91-95 )

Y mientras siente en su carne virginal el garfio horrendo, y sus pechos incipientes al suelo caen seccionados:



*¡Mira, Señor, cómo te inscriben en mi cuerpo!  
¡Cómo me gusta leer las tildes, que señalan,  
oh Cristo, tus victorias! Hasta la misma púrpura  
de aquesta sangre mía derramada  
tu santo nombre anuncia.*

( 136-140 )

Y de seguidas el milagro sobre la virgen muerta, cuya desnudez se viste con velo inesperado y prodigioso:

*Su cabellera olorosa fue fluyendo  
como cascada hacia su cuello, sobre los hombros  
flotando en vuelo que, desde la cabeza,  
veló su castidad y virginal belleza.*

( 151-155 ).

Del modo siguiente, como quiso Prudencio, habla el diácono Vicente de Zaragoza, a cuya gran popularidad en España contribuyó la lira prudenciana, al hacerle interpelar así ante Daciano, prefecto de Valencia:

*“No tardes, pues; aplica ya tus fuerzas  
y todo ese poder que ahora tienes.  
Yo abiertamente rechazo tu mandato.  
Tormentos, cárcel, garfios,  
la plancha ardiente entre mi carne rechinando,  
y hasta la misma pena última, la muerte,  
es juego, y nada más, para cristianos”.*

( V, 54-56; 61-64 ).

Por último, cuando el cuerpo de Vicente, atado a una piedra y arrojado a la alta mar, sea devuelto a los curvos litorales por una fuerza milagrosa, el poeta calagurritano encuentra coloridos inolvidables y deliciosos apóstrofes:

*La piedra, pesada como muela,  
cual blanca espuma sobrenada,  
y la esportilla que tal tesoro guarda  
navega por encima de las aguas.*

*Así llevada por la mar, en calma  
recorrida, la ven los asombrados  
marinos hacia la playa deslizarse  
con vientos y mareas favorables.*

*¡Feliz la cala aquella  
del litoral ameno que, abrigando  
el cuerpo santo en sus arenas,  
de sepultura oficio allí le diera,*

*hasta que la piadosa diligencia  
de los santos adereza, entre lágrimas, un cerro,  
y el cuerpo, confiado a este sepulcro,  
guarda para la vida venidera!*

( V, 489-496; 505-512 ).

Tales escenas, que evocan pavor por su realismo lacerante, no exclusivo de Prudencio, como se prueba ya desde Homero, dan a su vez paso a descripciones llenas de encanto, como la que nuestro poeta trazó deliciosamente del Paraíso:

*Allí, cubierta del rosal purpúreo  
la tierra toda exhala sus perfumes,  
y el agua, en fugitivos arroyuelos,  
produce sus jugosas maribellas,  
delicado azafrán y tiernas violetas.*

*Fluyen allí los destilados bálsamos  
de gráciles renuevos, y derraman  
la canela y flor del nardo su fragancia,  
que el río, tras rozarlos, lleva  
desde la fuente oculta hasta su ocaso.*

*Las almas venturosas, en los prados  
verdes, entonan dulce canto de consuno;  
mientras los melodiosos himnos brotan,  
y van pisando lirios con pies iluminados.*

*(Cath. V, 113-124).*

Al poeta de Calahorra debemos también la más antigua representación literaria sobre la Concepción Inmaculada de María, dentro del poema III del Catemérino (140-155), y a ella se dirige con filial ternura en este primer Villancico de Europa:

*¿No sientes ya, oh Virgen noble,  
madura al fin de tu embarazo,  
de tu pudor la gloria intacta  
crecer en ti con el honor del parto?*

*¡Oh, cuánto gozo para el mundo todo  
encierra tu virginal regazo,  
del cual un siglo nuevo  
nace y la luz de oro!*

*El lloro de este Niño los comienzos  
de un orbe en primavera ha producido,  
puesto que entonces, renacido el mundo,  
su tarda sordidez ha sacudido.*

*¡Oh santa cuna del pesebre tuyo,  
eterno Rey, por siempre ya sagrada  
para los pueblos todos, por los mismos  
animales mudos también ya venerada!*

*¡Sal ya, dulce Niñito,  
que a luz nos da la Madre Castidad,  
madre y sin marital consorcio,  
Mediador y al mismo tiempo Dios y Hombre!*

( *Cath. XI, 13-16; 53 ss.* )

VII.- *Doble Alimento, Ditoqueo*, - título griego que Prudencio dio a la última de sus obras -, consideró el poeta los versos dedicados a ilustrar 24 escenas del Antiguo Testamento y 25 del Nuevo. Su destino era explicar pinturas en las fachadas y en las pareces interiores de las Iglesias, con cuyas aclaraciones literarias llegara más hondamente, a través de los ojos, este alimento espiritual de la cultura religiosa, con especial intención pedagógica. Pinturas y textos, frente a frente dispuestos sobre todo en las paredes de la nave central, cuya última escena terminaba en el ábside con la representación del cordero de Dios, tuvieron, gracias a Prudencio, espléndido desarrollo y popularidad, hasta que a partir del siglo XI fueron sustituidos por las vidrieras y el arte gótico introdujo la luz del cielo en las Iglesias. La escueta exigencia de cuatro versos para cada escena, con alusiones precisas, no se prestaba a felices ampliaciones literarias o poéticas en imágenes y exquisito lenguaje. No obstante, Prudencio supo dar a estos 191 versos, en el ritmo preferido por Homero y Virgilio, formulación exacta y educativa. En alguna Iglesia románica de Francia hemos visto recuerdos de este *Doble alimento*.

Con esta impresionante obra literaria, en la que trató los grandes problemas del hombre, del destino humano en su fe cristiana, cultivando los más variados ritmos de la literatura latina, a la que abrió nuevas perspectivas, es Prudencio con sus doce mil cuatrocientos treinta y tres versos, no sólo uno de los más grandes poetas de nuestra cultura, sino el más glorioso poeta latino-cristiano que España dio a Roma.

## SUPERVIVENCIA DE PRUDENCIO

---

Libros enteros serían necesarios para indicar siquiera la inmensa influencia de Prudencio en la literatura y artes de Europa. El eminente historiador de la Literatura Latina, M. Schanz ( Munich, 1914 ), llamó a Prudencio “el poeta cristiano de Occidente”. Por su lectura nunca interrumpida pertenece Prudencio a los grandes educadores de Europa, universalmente conocido en el mundo cristiano, hasta que el Renacimiento descubrió a otros autores clásicos y se rompió con la Reforma la unidad espiritual de los pueblos europeos. Todavía es su poesía objeto de exposición y de estudio en muchas Universidades de Europa y América.

Su magisterio es ya patente a los ojos del poeta Sidonio Apolinar, obispo de Clermont-Ferrand, a principios del siglo V. En una de sus cartas ( Migne, PL 58, col. 483 ) lo colocó en rango igual junto a Horacio, el mayor lírico de Roma, mientras a fines del mismo siglo el presbítero marsellés Gennadio enumera ya todas las obras de Prudencio en su escrito “Sobre varones ilustres”, importante fuente para la historia de la antigua literatura latina cristiana. Este documento prueba la difusión de Prudencio, sin frecuente paralelo, en el corto espacio de cincuenta años por todo el orbe cristiano.

Con el nombre del poeta juega ya literariamente San Avito, cuando escribe: “En otro tiempo cantó *Prudencio* con *prudente boca* estas riquezas de la virtud, al descubrir las luchas varias del alma con el cuerpo” ( Migne, PL 59, 376 A ). Y le imita especialmente en la *Psicomaquia*. Entre sumos elogios lo menciona San Gregorio de Tours, obispo de esta ciudad en el último tercio del siglo VI, el gran historiador de los francos y la más importante fuente para los principios del reino merovingio ( año 430 ). Por su parte,

Venancio Fortunato, poeta y obispo de Poitiers, aunque procedía de la italiana Treviso en el Véneto, hizo una hermosa imitación del Himno IX del *Catemérino* con su famoso y popular canto procesional *Pange, lingua, Canta, lingua*.

No se ahorra San Isidoro de Sevilla alabanzas “al dulce poeta” de Calahorra, y lo parangona con los autores clásicos presentes en los anaqueles de su biblioteca hispalense. De esta manera: “Si Marón ( Virgilio ), si Flaco ( Horacio ), si Nasón (Ovidio) y Persio pavor te causan, si te aburren Lucano y Papinio, con su voz insigne los iguala el *dulce Prudencio*, noble asaz por sus variados poemas” ( Migne, PL 83, col. 1110 ). En su obra sobre teoría poética, titulada *Arte Métrica*, cita prolijamente ejemplos de Prudencio, entre los siglos VII y VIII, el monje benedictino Beda. autor de la primera historia de Inglaterra, y a quien debemos los nombres populares de los tres Reyes Magos. Las alabanzas de Beda abrieron al poeta de Calahorra las puertas de todos los monasterios medievales. Desde este mismo siglo octavo la Abadía de San Galo en Suiza coloca la obra de Prudencio como lectura obligatoria y formadora de sus jóvenes estudiantes, y no en vano hemos contemplado en la Gran Biblioteca del monasterio preciosas copias manuscritas de todos sus poemas.

Teodulfo, compatriota de Prudencio, obispo de Orléans y también poeta (760-821), fuente principal para conocer la vida en la Corte de Carlomagno, da orden a sus sacerdotes de erigir escuelas, y exhorta a que en ellas se lea a Prudencio, de quien afirma:

*Poderoso en expresar prudentemente  
en ritmo vario tantas cosas  
Tú eres, Oh Prudencio, al par que nuestro Padre.*

( *Carmen 4, 1, 16; Migne PL 105, col. 168* ).

De igual modo Alcuino, ministro de cultura de Carlomagno, conoce a Prudencio desde su Escuela monacal de York, en cuya Biblioteca estaban sus obras, y de él copia la hermosa plegaria final de la *Hamartigenia* ( v. 931-

966 ). Rabán Mauro, abad de Fulda y Arzobispo de Maguncia ( 780-856 ), famoso autor del himno *Veni, creator Spiritus, Ven, Espíritu creador*, en una obra sobre la formación del clero le tributa sumas alabanzas ( Migne, PL 107, col. 107-112 ); y para su propio himno a los Inocentes se inspira largamente en el himno prudenciano a Santa Eulalia. Bruno, Arzobispo de Colonia, Duque de Lorena y hermano menor del Emperador Otón I el Grande, coronado en Roma el 2 de febrero del año 968, nos dice que *conoce a Prudencio* desde los años de su educación infantil. Si tenemos cuenta de la cantidad de manuscritos medievales, de ningún otro autor hay tantas glosas y explicaciones, a excepción de la Biblia, como de los Himnos y Cantos triunfales de Prudencio a los mártires. Humanistas como Juan Luis Vives defendieron el estudio de los poetas cristianos en la escuela, de Prudencio sobre todo, junto a los clásicos griegos y latinos. Esta gloriosa extensión de su lectura contaba ya en 1860 con sesenta y tres ediciones tipográficas de las Obras Completas. Todavía es normativa la edición crítica de J. Bergman, publicada el año 1926 en Viena y Leipzig, quien refiere la ayuda que le prestó el Papa Pío XI, entonces Bibliotecario en Milán.

Nunca se dejó de leer a Prudencio, desde su propio tiempo hasta nuestros días, con mejor fortuna que la otorgada a su compatriota Quintiliano, perdido por largos siglos, y al fin encontrado por el humanista, y secretario de varios Papas, en la biblioteca del monasterio de San Galo el año 1416, Gian Francesco Poggio. Prudencio ha sido y es el poeta favorito de la Europa cristiana. Ni siquiera en el siglo X, el siglo del hundimiento cultural en Occidente, dejó de escucharse la lira prudenciana ni cesó su estudio entre teólogos e historiadores de los dogmas católicos. La descripción del sistema teológico de Prudencio, sus análisis críticos y dialécticos de las herejías, su defensa de la Trinidad, de la fe recta contra maniqueos y otras corrientes heterodoxas, constituyen todavía conquistas perennes del pensamiento cristiano.

Su influencia en otros pensadores y escritores, en las artes plásticas, en el teatro y en la literatura europea, que alcanza plenamente desde San Agustín a Erasmo (1466-1536), y por modos diversos a nuestro tiempo, además de su presencia actual en el Breviario o Libro de las Horas para sacerdotes y religiosos, convierten a este ilustre calagurritano en el poeta lírico

más universal del mundo cristiano. Sobre todas las ruinas y acontecimientos humanos, en su obra se levanta el monumento vivo de este hijo glorioso de Calahorra. Su ciudad natal tendrá ya de erigirle la estatua merecida, deuda secular de un pueblo agradecido a su más ilustre poeta universal. No más allá del año 2005, XVI Centenario de la publicación de sus obras, debería contemplar con orgullo Calahorra el monumento a este grande hijo suyo, la otra gloria sin fronteras junto a su paisano Quintiliano.